

al llegar hasta ella los jóvenes en tropel y Aurelia á la cabeza de ellos, dijole á ésta con lentitud y honda ternura:

—Señorita: allí le tiene usted salvo para que sea feliz. Dijo, inclinó la cabeza sobre el cuerpo de Eugenio y expiró.



## MUERTO EN VIDA

### I

Los nefastos días de encarnizada guerra civil, hacia los cuales no se vuelve sin horror la vista, corrían para la patria que contemplaba á sus hijos sojuzgados por el impetu exterminador de las pasiones. Era el año de 1858: acababa de tomar posesión de la Comandancia militar de Zacatecas el egregio General Manero, y del Gobierno el sabio y virtuoso abogado don Vicente Hoyos, una de las olvidadas glorias zacatecanas, que vive sólo en la memoria de sus leales amigos.

Después de la acción de Carretas, Castro y Auza se incorporaron al ejército de Zuazua, que constaba de cuatro mil quinientos hombres, y se dirigieron á Zacatecas, donde Manero contaba solamente con setecientos.

El pundonoroso comandante militar, engañado por falsos informes de algunos vecinos de las haciendas de Salinas, Trancoso, Zóquite y San Pedro, tuvo por cierto que apenas llegarían á seiscientos soldados los que atacaran la ciudad, é ignoraba que un agente que el enemigo tenía en la hacienda de "El Carro," interceptaba la correspondencia, y por lo tanto, que el General Miramón le ordenaba evacuar la plaza.

Preparóse, pues, para la defensa: situó doscientos hombres en la Bufa, y el resto lo distribuyó entre la Parroquia, hoy Catedral, la Ciudadela y Santo Domingo.

A las diez de la mañana del 27 de Abril más de tres mil hombres atacaron el cerro de la Bufa, y trabóse una lucha que duró diez horas, hasta que al puñado de valientes que mandaba Manero, se le agotó el parque. El joven héroe dirigióse entonces al señor Gobernador Hoyos, que le había acompañado.

—El parque, le dijo, se ha agotado y el enemigo está muy cerca; bájense usted y sus compañeros, y pónganse bajo la salvaguardia de alguno de los vicecónsules extranjeros.

—¿Por qué no capitula usted señor General? le preguntó el señor Hoyos.

—Porque no tengo orden, ni del Supremo Gobierno ni del General Miramón.

Además, me veré obligado á entregar al enemigo mis muchachos y mi artillería. Prefiero perecer á presenciar tal cosa.

Como el señor Lic. Hoyos insistiese, y los vencedores avanzasen á bayoneta calada, Manero empujó al Gobernador, que rodó por un despeñadero cerca del crestón chico de la Bufa, y de ese modo obligóle á huir. Si hubiese caído prisionero sin duda habría sido fusilado, pues por su talento y el gran partido que tenía entre los hombres de valer, era muy temido de sus adversarios.

En aquellos momentos de confusión el señor Lic. Hoyos, sin ser perseguido, pudo llegar hasta el callejón de Prieto; pero veíanse por todas partes las blusas rojas y era imposible avanzar más sin ser descubierto. Atrevióse entonces á llamar á la puerta de una casa; abrióla una señora de regular edad y de simpático rostro.

—¿Qué se ofrece? preguntó al licenciado.

—Soy, contestó con voz firme, el licenciado Vicente Hoyos, ocúlteme usted.

La señora palideció intensamente; temblando cogió de la mano al gobernador y subióle á un cuartucho situado en la azotea, y como éste no tenía puerta, cubrió con un petate el espacio á ella destinado, y luego bajó precipitadamente. Era tiempo; en esos momentos llegaba el esposo de

la generosa mujer: un teniente del ejército de Zuazua. El militar tomó una frugal cena y sin siquiera sacudirse el polvo de la batalla, salió á reunirse con los suyos.

Toda esa noche y el siguiente día permaneció en su escondite el licenciado Hoyos, y la pobre mujer, con el Jesús en la boca, temiendo las iras de su esposo si era descubierta. Al obscurecer subió á la azotea y dijo al licenciado:

—Señor: he hecho por usted cuanto he podido, no puedo hacer más.

—Lo comprendo, y Dios se lo pagará á usted. Consígame un "jorongo" y un sombrero de petate para marcharme luego.

Poco después, el señor licenciado Hoyos, en compañía de la criada de su salvadora, salía, entre otras parejas de la plebe, por el callejón de las Campanas. Dirigióse á una casa de la calle del Chepinque, donde pasó la noche, y á la madrugada del siguiente día, salió para la hacienda del Maguey.

## II

A las ocho de la noche del mismo día del asalto, la Bufa fué tomada por los liberales y hechos prisioneros el ilustre general y varios de los oficiales, que la habían defendido con heroico valor. Manero, rodeado de más de mil hombres, con el

semblante sereno y la frente erguida, cruzó las principales calles de la ciudad. Algunos de las desenfrenadas turbas hacían ante él ridículas genuflexiones, mientras los tambores y pitos tocaban la bárbara pieza denominada "El Mitote."

El general Manero fué conducido al Hotel Francés, del que era propietario don Genaro Gerard; allí pasó la noche, y al siguiente día 28 de Abril, lleva con al mismo hotel á los señores Landa, Drechi, Aduna y Gallardo y á los demás oficiales hechos prisioneros la víspera. Landa tenía en su abono haber salvado la vida á Juárez y á Ocampo.

Del hotel fueron conducidos al Instituto. No sé si hubo Consejo de Guerra en forma, pues moneda corriente era en aquella calamitosa época, suprimirlo para fusilar á los prisioneros. Es el caso que al siguiente día fueron encapillados.

Moviéronse cuantas influencias se creyeron eficaces para salvar á los desgraciados militares, especialmente al heroico joven Manero, que era muy querido de los zacatecanos.

El comercio ofreció ochenta mil pesos por la vida del egregio general, pero Zuazua exigía medio millón y la entrega de la plaza de San Luis.

Algunas encumbradas señoras zacatecanas apelaron al último recurso, y asegúra-

se que pagaron á los soldados del pelotón que debía fusilar á los prisioneros porque no hirieran de muerte á Manero. Sea de esto lo que fuere, Julio Cervantes, capitán de cívicos, que mandaba el pelotón no estaba en el secreto, á juzgar por el hecho que referiré.

Desde el 29 de Abril estuvieron á la vista de los condenados á muerte los ataúdes en que debían ser enterrados; no se accedió á la súplica de los prisioneros de elegir al Padre Castro, hermano del gobernador confesor, sino que se les impuso como tal que después de la batalla tomó posesión del Gobierno, y se les previno que, si hacían testamento ó escribían para sus familias, se entregara todo sin cerrar, al referido sacerdote.

Basta á mi propósito, la carta del capitán Gallardo para su esposa. Hela aquí:

“Adela mía:

Voy á morir por la más santa de las causas. Ruega á Dios por mí y no olvides á quien te amó siempre con todo el corazón. Adiós. Hasta el cielo.”

Al siguiente día 30 de Abril, á las once de la mañana oyóse en toda la ciudad el fúnebre toque de agonía. En ese momento, los reos políticos Manero, Landa, Drechi, Aduna y Gallardo, eran conducidos al patíbulo por las siguientes calles: del Instituto, callejón del Hospital, primera calle

de los Bolos hasta llegar á la de las Peñitas, que era entonces un muladar, y allí fueron fusilados.

Cuando el esclarecido mártir Manero marchaba al suplicio, pidió un vaso de agua al capitán Cervantes, y éste le contestó:

—¡Qué agua, ni qué agua! Voy á dar á usted balazos.

El general, sin dirigir el menor reproche, inclinó resignado la cabeza.

En Enero del año siguiente de 1859, Cervantes pagó aquella crueldad. Fué aprehendido en compañía de cuatro oficiales, á inmediaciones de Aguascalientes y todos, condenados á muerte, según la ley de conspiradores. Cuando caminaban para el patíbulo, al pasar frente al mercado de dicha ciudad, llamado “Parián,” Cervantes pidió un vaso de agua y no hubo quien se lo diera.

Los cadáveres de los ilustres muertos fueron tendidos en el Instituto. El Padre Castro notó con estupor que el del capitán Gallardo se movía ligeramente. A nadie comunicó lo que acababa de observar, pero dióse prisa para arreglar que echaran á los muertos en sus cajas. La destinada para Gallardo fué llena de piedras, y el sacerdote—que era muy influyente—dióse maña para trasladar en coche á Gallardo al convento de la villa de Guadalupe.

Algo sospechó entonces del complot para salvar al general. Estos bárbaros, pensó, confundieron á Gallardo con Manero.

### III

Cerca de un año permaneció en el convento de Guadalupe el capitán Gallardo bajo el cuidado de los frailes y de un médico italiano, curándose de la grave herida que recibió, y al fin, enteramente sano, abandonó aquel hospitalario asilo y huyó con dirección á la capital de la República. Las ejecuciones habían sido públicas, y los nombres de los muertos publicados en el periódico oficial.

La esposa de Gallardo, dama de distinguida y sobresaliente belleza, lloró la muerte de su esposo, pero joven aún y sin sucesión, no tardó en consolarse con nuevos amores y contrajo segundas nupcias.

El proscrito Gallardo anhelaba volver á Zacatecas, para mirarse con su esposa pues amábala apasionadamente y conservaba pura la fragancia del recuerdo de la que había sido fiel y amante compañera de su vida; pero la escasez de recursos y el temor á encarnizados enemigos, impidiéronle realizar sus deseos. Pensó en escribirle y contarle su milagrosa salvación y prolongadas desventuras, pero ignoraba si aún residía en Zacatecas, y en

aquella época cualquier uniformado gaudía violaba impunemente la correspondencia.

Un día, en una de las calles más céntricas de la ciudad de México, cuando la tristeza del ausente bien nublaba la frente del apuesto joven, y el alma en melancólico éxtasis volaba hacia el nido de sus amorosos afectos, divisó á una dama que en el majestuoso continente pareciase á la amada esposa.

—¡Oh, poder de la ilusión! se dijo, juraría que esa mujer es mi adorada Adela. Para contemplarla de perfil, pasóse á la otra acera, y casi cayó al suelo desfallecido. ¡No me engañes, corazón, clamaba. Es ella, mi inolvidable Adela.

Siguióla trémulo de emoción. La distinguida señora entró á una elegante casa. Gallardo acercóse al portero y preguntóle.

—Vive aquí la Sra. Adela de la Fuente?

—Sí, señor, la esposa del Coronel Meléndez.

—¿Es casada??

—Sí, señor.

—Qué, ¿no es su esposo el capitán Gallardo?

—Es viuda de él. Fué de los fusilados en Zacatecas.

En esos momentos, una niña de corta

edad, hermosa como la pureza, gritaba al pie de la escalera:

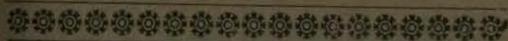
—¡Mamá, mamá! ¡Ya llegó mamásita!

—La misma cara de mi Adela. Es su hija. Dice bien el portero, fui fusilado y no tengo derecho á la vida; mas hoy me hieren de nuevo con herida peor que la primera. No turbaré la ajena dicha.

Suspiró, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y clamó después de brevísimas interior lucha:

—¡Adiós para siempre, Adela mía!

Desde entonces nada se ha vuelto á saber del capitán Gallardo.



## PALABRA DE HONOR

### I

Catorce años contaba Víctor, simpático muchacho en cuyos vivísimos ojos al través del regocijo y travesura de la edad, brillaba una chispa de varonil grandeza. El moreno rostro, afable y de bellas facciones, tomaba á veces un aire de marcial gravedad. El y su hermana Eloísa, eran el más valioso tesoro de la opulenta casa de don Bibiano Méndez, varón ilustre por su literaria cultura y muy estimado por su caritativo corazón.

Don Bibiano consagróse á la educación de sus hijos con heroica perseverancia, y especialmente á la de Víctor, pues infundíanle temores los arraigados defectos de los hijos de sus amigos; defectos que, en opinión del señor Méndez, podían